

tua», lejos de la rigidez del personaje literario e histórico, pero sin quedarse tampoco en la anécdota, sin olvidar que su gran pasión fue la literatura, que «su realidad central hay que buscarla en su obra, porque es en ella donde el escritor ha preferido escribir, o se ha visto forzado a escribir, lo que al fin y al cabo importa» (como dirá al comienzo de *Mishima o la visión del vacío*). «La muerte tan premeditada de Mishima es una de sus obras» —escribe en ese mismo libro—. La vida, a veces premeditada, de Marguerite Yourcenar, también es una de sus obras. Salvo algunos carnets de notas y cartas, han quedado pocas referencias directas a su biografía. Buen número de documentos permanecerán sellados hasta el año 2037, por deseo de la autora. En sus obras apenas hay referencias directas a su vida. Cuando utiliza el «yo» hablan Adriano o Zenón; cuando reconstruye, al final de su vida, la historia de su familia (*Recordatorios, Archivos del Norte, ¿Qué? La eternidad*) lo hace en tercera persona. Este distanciamiento es como el del escultor que necesita separarse un momento para contemplar su trabajo y poder apreciar mejor las formas, captar su movimiento. Y luego vuelve a hundir sus dedos en esa masa informe hasta conseguir el retrato perfecto, la vida en su plenitud. Imagen del escultor que modela, o aquella otra de comparar la escritura con la elaboración del pan: «Hay fases que recuerdan por completo a las de la escritura. Primero una cosa informe que se le pega en las manos: una papilla, luego la papilla se hace más y más consistente. Luego hay un momento en el que se vuelve elástica. Por fin llega el momento en el que se siente que la levadura comienza a trabajar: la masa está viva. Ya sólo se la debe dejar reposar, pero si fuera un libro, el trabajo podría durar diez años.» Ella dejaba reposar esa masa viva dentro de sí, dedicó casi más tiempo a reescribir sus obsesiones, a volver sobre ellas, hasta conseguir la obra perfecta, que en redactar nuevas obras. Adriano, por ejemplo, volvió a sus manos mucho tiempo después de haber sido concebido. Llevaba ya en América nueve años, junto a Grace Frick, unos años no precisamente fáciles, en los que hubo de dedicarse a dar clases de francés e italiano en el colegio Sarah Lawrence, ocupación que nunca le gustó. Durante esa década del cuarenta conoció también la desesperación y la impotencia de escribir, por primera vez dudaba de su vocación. Fue un día de febrero de 1949 cuando llegaron, desde un hotel de Lausanne, varias maletas extraviadas diez años antes. Grace no estaba en casa. Marguerite fue quemando la mayor parte de su contenido en sucesivas fogatas. Hubo algo que se salvó del fuego, antiguos borradores de las primeras páginas de *Adriano*, que había olvidado por completo. Se dedicará de lleno a escribirlo, sin saber todavía que será el libro que la consagre como escritora unos años después en todo el mundo. Escribe de forma enfebrecida, en cualquier lugar, y Grace va leyendo cada capítulo, apoyándola con firmeza y constancia, ocupándose de cada detalle e incluso obligando a Marguerite a seguir un ritmo de trabajo. Se conocieron en 1937 en un hotel de París; desde entonces sus vidas serán inseparables. Las pruebas de su amor compartido están guardadas bajo sellos (cincuenta páginas de un diario íntimo que Marguerite escribió entre 1935 y 1945, así como las cartas que se cruzaron cuando se tenían que separar temporalmen-

te). Esas pruebas es posible que no aporten mucho más de todo lo que se desprende a través de los datos allegados por Josyane Savigneau. Sus primeros años en Nueva York, la casita de Somesville en la que vivieron y que linda con el cementerio donde ambas están enterradas, y su pequeño paraíso de Petite Plaisance, en la isla de los Montes Desiertos (Maine), espacios donde su vida conoció la pasión y la apatía, la costumbre y la entrega, el insulto y la gloria. Juntas construyen su universo cotidiano, mientras Marguerite Yourcenar se entrega cada vez más a su universo literario; Grace, sin duda, fue la persona que más creyó en la obra de Marguerite Yourcenar, la que alentó ese fuego en todo momento. En los cuadernos de notas de *Memorias de Adriano* escribe: «No he dedicado a nadie este libro. Tendría que habérselo dedicado a G.F. Y lo hubiera hecho si poner una dedicatoria personal al frente de una obra en la que yo pretendía pasar inadvertida no hubiera sido una suerte de indecencia. Pero aún la dedicatoria más extensa es una manera bastante incompleta y trivial de honrar una amistad fuera de lo común.» Discreción y homenaje al mismo tiempo. De su devoción quedan esos rastros fulgurantes, las fotografías, las cartas, y más allá las miradas que nadie podrá descifrar —ni falta que hace—, los viajes, los silencios y las conversaciones compartidas —y sólo suyas—, la fugacidad de la vida y ese duro aprendizaje de la muerte que duró más de ocho años y se llevó a Grace en 1979. Marguerite vivió esa experiencia con una entereza que a veces se ha calificado de frialdad, pero la muerte le era familiar, aprender a morir con serenidad era una de sus obsesiones literarias y probablemente vitales. *Memorias de Adriano* se publica en Francia en 1951 con un éxito sorprendente. Al año siguiente Marguerite Yourcenar comienza a recoger los frutos de su genialidad, le conceden el premio Femina Varesco. Un éxito que ya será sucesivo con obras como *Opus nigrum* (que tiene una repercusión aún mayor), *Recordatorios*, *A beneficio de inventario*, *El laberinto del mundo*, *Archivos del Norte*. El estado de salud de Grace se agrava al mismo tiempo que crece la fama de Marguerite en todo el mundo. Grace no llegará a ver cómo su amada compañera de tantos años se convierte en la primera mujer de la historia que es elegida miembro de la Academia Francesa. Junto a ella, en lo sucesivo, estará el joven fotógrafo Jerry, a quien Grace le había recomendado. Con él viaja por el Caribe, Guatemala, Yucatán, India... En 1986 volverá a quedarse sola: Jerry Wilson muere a causa del SIDA. El relato de Josyane Savigneau de esta última etapa de la vida de Marguerite Yourcenar nos presenta a la escritora ya indiferente ante el tiempo. Sobrevive a una operación coronaria y viaja a Europa, donde tendrá un encuentro con Borges en Ginebra poco antes de su muerte. Sabe que es su recta final, pero aún le dará tiempo a visitar Marruecos, París y Londres, como si estuviera dando su último paseo por «esa prisión en la que nos ha tocado vivir», que es todo el planeta. Proyectaba un nuevo viaje (el impulso del viaje que la acompañó desde su infancia) por Europa y la India, pero la muerte ya había elegido un lugar del planeta para ella; fue en Monte Desierto, el 17 de diciembre de 1987. Cuando llegó su propia muer-

te, no estaban sus viejos amigos, pero esperaba con sus ojos azules muy abiertos, frente a la eternidad de sus recuerdos y sus pasiones.

«Adriano prolonga la memoria que le hice escribir con estas líneas que cito y refrendo de buen grado, prefiriendo citarme, antes que decir lo mismo con otras palabras —escribe Marguerite Yourcenar—: El paisaje de mis días parece estar compuesto, como las regiones montañosas, de diversos materiales acumulados desordenadamente. Allí encuentro mi naturaleza, ya compuesta, formada en partes iguales de instinto y de cultura. Aquí y allá afloran los granitos de lo inevitable; en todas partes los desmoronamientos del azar. Me esfuerzo por volver a recorrer mi vida para hallarme un plan, seguir una veta de oro o de plomo, o el curso de un río subterráneo, pero ese plan ficticio sólo es una apariencia engañosa del recuerdo... No soy de aquellos que dicen que sus acciones no se les parecen. Deben parecerseme puesto que son mi única medida.» Sale fortalecida Marguerite Yourcenar de esta biografía, porque nos muestra sus vetas de oro, sus ríos subterráneos, sus desmoronamientos y, sobre todo, su altura humana y literaria. Josyane Savigneau ha sabido ofrecernos un punto de vista de ese paisaje donde la mujer y la escritora son la medida de sus acciones reconciliadas e inseparables en estas más de quinientas páginas de vida intensa y lectura apasionante.

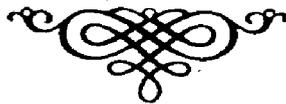
Amalia Iglesias



Cuadernos Hispanoamericanos

454~57

—Abril-Julio 1988—



Homenaje a César Vallejo

Con ensayos de

Margaret Abel Quintero, Pedro Aullón de Haro, Francisco Ávila, Mario Boero, Kenneth Brown, André Coyné, Eduardo Chirinos, Félix Gabriel Flores, Anthony L. Geist, Gerardo Mario Goloboff, Rubén González, Francisco Gutiérrez Carbajo, Stephen Hart, Ricardo H. Herrera, Mercedes Juliá, Santiago Kovadloff, Fernando R. Lafuente, Luis	López Álvarez, Armando López Castro, Francisco Martínez García, Carlos Meneses, Luis Monguió, Teobaldo A. Noriega, Estuardo Núñez, José Ortega, José M. Oviedo, Rocío Oviedo, William Rowe, Manuel Ruano, Amancio Sabugo Abril, Luis Sainz de Medrano, Dasso Saldívar, Julio Vélez, Carlos Villanes, Paul G. Teodorescu y Francisco Umbral
---	--

**y un homenaje poético a cargo de 65 autores
españoles e hispanoamericanos**

Dos volúmenes: 1.000 páginas

Tres mil pesetas

INSTITUTO DE COOPERACIÓN IBEROAMERICANA
AVENIDA DE LOS REYES CATÓLICOS, 4. 28040 MADRID
Redacción y Administración, teléfonos (91) 583 83 99 y 583 83 96